

 Laia Aguilar
Las otras madres



«Somos nosotras, las otras madres, las no madres, las incomprendidas».

Emma está embarazada de ocho meses cuando se enfrenta a la pérdida de su hijo; tendrá que luchar contra el duelo y contra los silencios de quienes la acompañan. Jhanet viaja de Bolivia a Barcelona para reencontrarse con su madre, a la que hace años que no ve, y deberá afrontar un embarazo inesperado. Natalka es una mujer ucraniana que se ha convertido en un vientre de alquiler, pero un problema cardíaco del bebé provocará que los padres adoptivos se echen atrás. Tres intensas historias que confluyen en una sola y que nos hablan de manera honesta y lúcida sobre maternidades conflictivas y desmitificadas, las de «las otras madres».

A mis hijos

Azul puro

No existe más deseo
que el azul, tan puro,
de no haberte tenido.

ESTEVE PLANTADA, *Troncal*

Emma

Cuando las puertas se abren, cuando los pasos se acercan, cuando los techos se vienen abajo, siento una punzada en el pecho. Frente a mí, los médicos y las enfermeras me observan con ojos vacíos. «Será rápido –me dice el doctor March, frunciendo la ceja izquierda–. Después, cuando te lo hayamos sacado, te subiremos a la habitación para que puedas descansar un poco. Sé que es difícil, Emma. Pero te aseguro que a muchísimas mujeres les toca pasar por una situación similar». Me agarro a las barras metálicas de la cama y niego una y otra vez con la cabeza. Querría huir pero no puedo, querría escupir pero no puedo, querría protestar pero no puedo. Joder, ¿por qué me está pasando esto a mí? El doctor March me mira con ojos de cristal y, mientras me acaricia el tobillo con frialdad, me suelta un «Procura tranquilizarte, Emma. Te pondremos la epidural e intentaremos acabar enseguida. Recuerda lo que has aprendido en las clases de parto». Esto es como un parto normal, solo que no lo es. (No lo es. No lo es. No lo es). Entonces me palpo la barriga abultada –el malestar, la mecánica hipnótica, la habitación en penumbra– y le hablo muy flojito a mi hijo, que aún está vivo. Vivo. Aunque los médicos se empeñen en que crea lo contrario.

¿Dónde estoy? ¿Me lo han sacado? ¿Ya puedo volver a casa? El doctor March aprieta la mandíbula y se seca la frente con el guante de látex. Me concentro en la ventana e intento atrapar fragmentos de azul. Más allá de los cristales, una azotea, un par de antenas y unas nubes bajas jue-

gan a confundirse. Las paredes de la habitación se encogen y las manos del doctor se vuelven ásperas. Un silencio grave me rodea, y todos miran atentos mi sexo. Una picadura de serpiente se va extendiendo por mi cuerpo hasta paralizarme las piernas y el abdomen. Inspiro. «¿Te duele? Expulsa, Emma, haz fuerza. Venga, que ya sale. Empuja una última vez. Limpiadla bien. Ahora te coseremos». Violencia obstétrica. Observo a mi alrededor y contemplo la escena como si se tratase de una película a cámara lenta. Palomitas de maíz y placenta sangrante, heridas y pus, desolación y silencio. «Ya has parido, Emma –me dice el doctor March con una sonrisa gélida que inspira pavor–. Lo has hecho muy bien. Tranquila, ya está. En unas horas, si todo va bien y no hay ningún problema, dejaremos que vuelvas tranquilamente a casa».

Sola.

Hace unas horas iba en el coche, de camino a mi apartamento, cuando he sentido un pinchazo en el estómago. He parado delante de una plaza –un niño haciendo volar una cometa, una paloma picoteando una miga de pan, una pareja de enamorados acariciándose los labios con dulzura– y me he llevado las manos a la barriga. Algo no va bien, Emma, me he dicho. Y me he tocado de nuevo la barriga; blanda, redonda, palpitante. De pronto se ha hecho el silencio, como si dentro de mí no hubiese ningún rastro, ningún movimiento, ninguna sensación de vida a la que poder aferrarme. Una bola de angustia que me nacía en el pecho subía veloz hasta llegar a la garganta y me ahogaba. Entonces he cogido el móvil y... «Creo que algo va mal. No me encuentro bien, mamá. ¿Y si voy al hospital?».

El doctor March me ha recibido en la consulta y, con los párpados temblorosos y los labios finos y tensos, me ha hecho una ecografía de urgencia. Yo, tranquila, clavando las uñas en los reposabrazos de la silla, he intentado fijar la mirada en un punto indefinido de la pared.

Unas palabras afiladas lo han cambiado todo.

«No hay latido».

Silencio.

«No hay latido».

«No podemos esperar mucho, Emma. No sabes cómo lo siento. La criatura ha fallecido. Una vuelta del cordón. Aunque parezca mentira, es una de las causas más habituales de interrupción del embarazo». Las uñas arañándose el cuerpo y... «¿Prefieres parto natural o cesárea? Tendrás que firmar estos papeles. ¿Quieres que avisemos a alguien? ¿Quieres, quieres, quieres... quieres que llamemos a tu madre?».

Yo esperaba un hijo. Tenía planes, como todo el mundo. El nombre escogido, el color de la habitación, la cuna de madera, la ropita, el móvil de peces y estrellas. Brindaba con un vaso de agua y me arrebujaba en el sofá sumergiéndome en un dulce sueño. Max y yo. Porque a partir de entonces seríamos siempre dos. Hijo y madre. O bien madre e hijo. Y juntos podríamos con todo, ¿verdad que sí, Max? Las noches sin dormir, las primeras papillas, las fiestas de cumpleaños, los besos, las cosquillas, las batas sucias, el juego del escondite, el primer resfriado, las fiebres, las risas, las enfermedades, las excursiones a la montaña, los enamoramientos, las discusiones, las charlas interminables.

Unas palabras lo han cambiado todo: «No hay latido».

Avanzo por un pasillo lleno de giros peligrosos. Querría hablar pero no puedo, querría gritar pero no puedo, querría pegarle a alguien pero no puedo. Miro a mi alrededor y solo veo rostros amables, dignos de los terceros actos de las películas de Hollywood. Imagino madres a punto de parir, abuelas preparándose para conocer a sus nietos y arrullarlos con mantitas rosas, cochecitos de colores, regalos con lacitos, comentarios *sotto voce* en las habitaciones de hospital entre bromas y risas. Qué guapo que es. Se parece mucho a la madre. ¿O quizá es un poco

como el padre? ¿Rubio con los ojos azules? ¿Mellizos? ¿El niño y la niña? ¿La parejita perfecta? Mira qué bonita que es. Y qué ojitos. Oh, tiene la sonrisa del padre. Basta, Emma, basta, me digo arrancándome los pensamientos de la cabeza.

–Tendrás que quedarte unas horas en el hospital –me informa diligente el doctor March mientras me trasladan a la habitación.

Siento un escozor insoportable entre las piernas.

–¿Necesitas algo? ¿Quieres que avisemos a alguien? ¿Has llamado ya a tu madre?

Niego con la cabeza dejando ir la mirada. Una tímida gota asoma por el lagrimal, pero –no puedo, no puedo–regresa para dentro y se pierde en la inmensidad de mis cuencas. Los pies se me vuelven gélidos y un cosquilleo me invade lentamente el cuerpo.

Me llevan a una habitación que me parece demasiado blanca. Me tumban en la cama. Sola. Observo a mi alrededor y una sensación de dolor, de dolor y soledad, se apodera de mí y de mi estado de ánimo. No hay flores como había imaginado. «Te llevaré petunias», me decía mi madre. Tampoco hay enfermeras entrando sin parar e interrumpiendo todo el rato la escena. Ni ningún niño estallando en llantos profundos mientras yo me lo coloco en el pecho –tranquilo, pequeñín, tranquilo–, tal como había imaginado tantas veces. No, en lugar de eso, solo hay una habitación blanca y silenciosa, y un hueco para la cuna. Y es entonces cuando oigo un hilo de voz casi imperceptible e imagino a mi Max sonriendo, corriendo desnudo en medio de una cala. Allí donde noté la primera patadita, Max, mi querido Max, allí donde supe que por primera vez me saludabas. Y desde entonces no he dejado de soñar con el momento en el que tú y yo estaríamos juntos: durmiendo abrazados, nadando en un lago de montaña, un hilo de sol regándonos los ojos, cosquillas y sábanas..., tú, que debías nacer en unas pocas semanas y llenar mi vida,

Max. Nacer. Vivir. Morir. ¿Por qué has tenido que marcharte tan pronto?

Jhanet

Jhanet está en el avión procedente de Bolivia. Asiento A3, la mejilla contra la ventana, un hilo de sol quemándole los párpados. Bajo sus pies, un manto azul y un par de torres le dan la bienvenida. Llueve. No es una lluvia fuerte, sino más bien mansa, intermitente. «Un viaje largo, así nomás es», se dice con la voz resquebrajada mientras pone las manos sobre la falda. Ante sus ojos se extiende una ciudad convertida en polvo gris. Hace años que no ve a su madre y se pregunta si será capaz de reconocerla. Ha visto fotografías. Algunas recientes. Con bolsas violáceas bajo los ojos y un hoyuelo en forma de risco en la barbilla. Se pregunta cómo irá todo, si se abrazarán o no, cuáles serán las primeras palabras que se dirán cuando se reencontrén. Seis años sin verse. ¿Será capaz de reconocer su olor? Los pocos recuerdos que conserva son más bien agridulces y difusos. Un día en el columpio azul, unas manos subiéndola a hombros, la boca embadurnada de chocolate, un timbre de voz aterciopelado que le decía: «Ven, Jhan, que hay chicharrón con papas, tu plato preferido. Ayyyy, mi hijita bonita... ¿A que nadie te quiere más que yo, Jhan?».

«Atención, pasajeros, coloquen el respaldo de sus asientos en posición vertical y abróchense los cinturones. En unos minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Barcelona».

Avanza por un pasillo que se le hace interminable. Rostros desconocidos, blancos como las nubes, pasan por su

lado arrastrando sombreros, paraguas y equipajes. Se pregunta qué hace una niña como ella, de quince años, boliviana, en medio de un aeropuerto extranjero buscando a su madre. Se siente oscura y distinta de todos, todavía una niña. «Aunque ya tienes cuerpo de mujer, changuita», le decía siempre su abuela, la mujer que la ha cuidado desde pequeña, su auténtica madre.

«Madre».

Se abren las puertas –nuevo fotograma en movimiento– y ve a una mujer vieja y arrugada como una pasa. Le tiembla el labio inferior y mueve insistentemente las manos. La madre lleva un abrigo de color iceberg que acentúa el amarillo y el negro de sus ojos. Cuando se acerca, se fija en su piel de lirio, curtida por los años, con manchas que parecen salpicaduras de aceite y que se le esparcen alrededor de la nariz. Le mira los zapatos, tan desgastados que bien podrían haber salido de un contenedor. No, no puede ser. ¿Esta es mi madre?, se pregunta. Se imaginaba una mujer bien vestida, con un pequeño collar de perlas y un bolso de marca, como los que llevan las actrices en las películas antiguas. Su madre, la mujer que trabajaba en España, que les enviaba dinero cada mes, que ella veía como una especie de heroína y que siempre le prometía que «Pronto te iré a buscar y estaremos juntas, Jhanet, te lo prometo». De vuelta a la realidad, siente que el mundo se le rompe en mil pedazos. Mira a su madre un instante y enseguida desvía los ojos hacia el suelo. Un papel arrugado, los restos de un cruasán de chocolate, un billete de autobús usado. ¿Tanto has envejecido, mamá?

Avanza con lentitud, como si tiraran de ella desde el otro lado con una cuerda de tender. Quiere ir a su encuentro, pero los pies y el corazón frenan su marcha. Su madre está allí, lejos, esperándola con una sonrisa frágil. De pronto, Jhanet se detiene y se convierte en un monolito de sal.

–Hola, preciosa –le dice la madre con voz temblorosa–. ¿Cómo ha ido el vuelo, pues?

–Bien, bien...

–Por fin estás aquí, Jhanet. Por fin has llegado a España.

Entonces Eli, la madre, abre los brazos para darle un gran abrazo, pero Jhanet no mueve ni un solo milímetro de su cuerpo.

El mundo se oscurece.

–Bienvenida a casa, mi hija. No sabes..., no sabes las ganas que tenía de verte.

Horas más tarde llegan a un apartamento diminuto situado en el barrio de la Guineueta de Barcelona. La prima Mary –¿tiene una prima?– se le cuelga al cuello y la llena de besos con sabor a tabaco y chicle de menta. «¡Oh, Jhanet!, ¿te acuerdas de mí? De chiquitas jugábamos en el huerto de la abuela». Jhanet da dos pasos hacia atrás y echa un vistazo al apartamento, minúsculo y de color de hollín. Un sofá viejo delante de un televisor, un póster amarillento de Bolivia, una mesa de madera con una montaña de trapos de cocina por doblar, un fregadero con el grifo oxidado perdiendo agua. Esto no es lo que me esperaba, se dice intentando mantener la compostura y esbozando una media sonrisa. Ha estado preparándose para este viaje durante mucho tiempo, meses, quién sabe si incluso años, esperando el gran momento de llegar a España. «Allí tendrás una vida mejor –le decía siempre la abuela, su verdadera *mamita*–. Yo ya no te puedo cuidar. Tú lo que necesitas es estar con tu madre, mi hijita». Y ahora por fin está aquí, tras casi trece horas de vuelo con escala en Madrid, con una madre envejecida y un piso diminuto como un corral de gallinas.

La prima Mary la arrastra hasta la habitación –«Este es tu nuevo cuarto, Jhan»– mientras le habla del instituto y

de los compañeros a los que pronto conocerá. «Te he dejado la mitad del armario para que pongas la ropa como quieras. ¿Prefieres dormir en la cama de arriba de la litera o abajo? Ay, me da tanta alegría que estés aquí, prima». Jhanet lo procesa todo a gran velocidad e intenta situarse en el presente.

–Podemos salir un día de marcha juntas. Al boliche y eso –le dice la prima Mary, sentándose en la alfombra y guiñándole un ojo–. Conozco a unos changos... ¿Te parecen guapos los españoles, prima?

Jhan dice que sí con la cabeza mientras clava los ojos en una ventana raquítica. Más allá del cristal, un rectángulo de patios interiores, un enjambre inacabable de cuerdas de tender y unas nubes bajas le dan la bienvenida. Todo es oscuro, polvoriento, decrepito. Este no es el paraíso que le habían vendido.

¿Qué hago yo aquí? ¿Y esta mujer? No, esta mujer no es mi mamá.

Natalka

Clic.

Natalka se observa un instante en el espejo, desnuda. La barriga empieza a adquirir una forma redondeada y..., clic, se hace otra foto. No la tiene hinchada por las fresas, no. Tampoco por el pastel de chocolate con almendras y naranja amarga que le preparaba su madre de pequeña. Es por un embarazo que hace tiempo que se gesta y que, según dice el médico, avanza de manera óptima y sin ningún tipo de obstáculo. Está en Kiev, en la «granja de pollos» –así llaman aquí a esta clínica–, con otras chicas que, como ella, han decidido convertirse en vientres de alquiler. Engendra un hijo que tendrá que entregar a sus futuros padres en cuanto dé a luz y «Ya hayas acabado tu trabajo, Natalka». «¿Estás dispuesta a aceptar las condiciones que implica ser una madre subrogada?», decía el contrato de alquiler que un día tuvo que firmar. Ni drogas, ni alcohol, ni comer fuera de horas, ni hablar de dinero..., porque aquí no se habla en ningún momento de dinero, ¿verdad que lo has entendido, Natalka? Tras nueve meses de embarazo, entregará el hijo a la pareja que la ha contratado. Se trata de un matrimonio de irlandeses, Edgar y Beth, de buena posición, a quienes les falta un pequeño detalle para conseguir la felicidad completa. Un bebé. Un bebé precioso que les permitirá terminar de cerrar el círculo y convertirse en la anhelada familia perfecta. Nuestro bebé, lo llaman ellos con la voz impostada. Y ella, Natalka, es solo un contenedor en el que hacer realidad su sueño. Co-

mo si fuese un fardo o un paquete envuelto con papel crespón en el que pone: «Regalo de Amazon, destino Irlanda. En caso de que salga defectuoso, le devolvemos el dinero».

Una nueva foto y... Clic.

Su marido, Vasyl, está de acuerdo. «Tú y yo no queremos tener hijos, Natalka. Así que ¿por qué no ganar algo de dinero de la manera más fácil posible? Con los diez mil euros que cobrarás podremos tener una casa propia. Tardarías como mínimo doce años en reunir todo ese dinero. Una casa propia, ¿te lo imaginas? Con un pequeño jardín y un *jacuzzi* en el medio. Y hasta con un perro, como siempre has querido. Te gustan los teckels, ¿verdad, Natalka? Con el dinero que ganaremos podrás comprarte todo lo que quieras. Y seremos un poco más felices. Porque es falso que el dinero, en la vida, no dé la felicidad. ¡Claro que da la felicidad! Y entonces no tendremos que trabajar más durante una buena temporada, ni tú de dependienta en la tienda de cosméticos ni yo sirviendo cervezas en el maldito bar. El puto bar –añade con una mueca–. Lo haces una vez y ya está, Natalka. Una vez y ya está», le repite con aliento de vodka.

Va a la sala de televisión y se reúne con sus amigas embarazadas. Apoya la cabeza en el cojín e intenta concentrarse en un documental –aburridísimo; no para de estirar las piernas y bostezar– sobre los elefantes de la sabana africana. Las observa a todas sentadas con sus barrigas hinchadas.

La más experta del grupo es Svetlana, que ya tuvo un parto antes y ahora está preñada de gemelos de un matrimonio adinerado de Grecia. Después está Helen, de solo dieciocho años, que se desvive por pagarse una carrera